



Dar y compartir con los demás

16/04/2010

Evangelio: Jn 6,1-15

En aquel tiempo, Jesús se fue a la otra orilla del mar de Galilea o lago de Tiberíades. Lo seguía mucha gente, porque habían visto las señales milagrosas que hacía curando a los enfermos. Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua, festividad de los judíos. Viendo Jesús que mucha gente lo seguía, le dijo a Felipe: "¿Cómo compraremos pan para que coman éstos?" Le hizo esta pregunta para ponerlo a prueba, pues él bien sabía lo que iba a hacer. Felipe le respondió: "Ni doscientos denarios de pan bastarían para que a cada uno le tocara un pedazo de pan". Otro de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: "Aquí hay un muchacho que trae cinco panes de cebada y dos pescados. Pero, ¿qué es eso para tanta gente?" Jesús le respondió: "Díganle a la gente que se siente". En aquel lugar había mucha hierba. Todos, pues, se sentaron ahí; y tan sólo los hombres eran unos cinco mil. Enseguida tomó Jesús los panes, y después de dar gracias a Dios, se los fue repartiendo a los que se habían sentado a comer. Igualmente les fue dando de los pescados todo lo que quisieron. Después de que todos se saciaron, dijo a sus discípulos: "Recojan los pedazos sobrantes, para que no se desperdicien". Los recogieron y con los pedazos que sobraron de los cinco panes llenaron doce canastos. Entonces la gente, al ver la señal milagrosa que Jesús había hecho, decía: "Este es, en verdad, el profeta que habría de venir al mundo". Pero Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró de nuevo a la montaña, él solo.

Oración introductoria:

Creo Jesús firmemente que estás presente en el Sacramento de la Eucaristía, pero ya que no puedo recibirte sacramentalmente en mi corazón, iven por lo menos espiritualmente a mi alma!

Petición:

Jesús, ayúdame a ser más generoso con la Iglesia y con mis hermanos, los hombres.

Meditación:

Jesucristo no dio de comer a la multitud de la nada, pidió la colaboración y la entrega de un joven. Jesús obró el milagro con esos panes que le fueron entregados generosamente. Así, el Señor nos invita a compartir lo que tenemos con los demás. Dios se vale de nuestro desprendimiento para hacer grandes milagros. El pasaje nos dice que quien traía los cinco panes y los dos peces era un muchacho. Se trataba de un adolescente quizá. Este detalle nos hace pensar que para poder

prestarnos a la acción de Dios, necesitamos hacernos pequeños y humildes. Sólo el que es sencillo de corazón está en condiciones de dar y de compartir con los demás. Otro dato que apunta el evangelista es que Jesús pidió que se recogieran los pedazos sobrantes, para que no se desperdiciaran. ¡Cuánta necesidad tenemos de la pobreza de corazón! No se trata del ahorrar por el ahorrar, sino de ahorrar para poder ser más generosos con los demás. La próxima vez que comulguemos pidámosle a Jesús que nos haga más generosos.

Reflexión apostólica:

La Iglesia necesita apóstoles comprometidos que se decidan a dar y a compartir con los demás con humildad y sencillez, no como quien lo tiene todo, sino como quienes lo han recibido todo para darlo a los demás.

Propósito:

Evitar los gastos superfluos y compartir algo de lo que tengo con los demás.

Diálogo con Cristo:

Jesús, ayúdame a contemplar tu ejemplo con frecuencia para aprender de ti cómo se da y se comparte con los demás.

«Compartir los bienes espirituales, acercar a otra persona a Dios es el tesoro más grande que podemos ofrecerle» ([Cristo al centro](#), n. 382).